La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 17 de febrero de 1908 — Núm. 1.364

RETRATO DE SEÑORA, pintado por Velázquez,

existente en el Museo del Prado, de Madrid

Sumario

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Marruecos. La mehalla imperial de Mar Chica en Melilla.* – *Galería de los Uffizi de Florencia.* – *Lisboa. Los funerales del rey Carlos I y del príncipe Luis Felipe.* – *Obras notables del pintor alemán Nicolás Meyer.* – *Excmo. Sr. D. José Llabería, ministro de España en Marruecos.* – *Miscelánea.* – *Alegre*, novela de G. Martínez Zuviría (continuación). – *Barcelona. La nueva casa del «Orfeó Català».* – *Lisboa. Calle del Arsenal, donde fué perpetrado el doble regicidio.*

Grabados.—*Retrato de señora*, pintado por Velázquez, existente en el museo del Prado, Madrid. – *Marruecos. La mehalla imperial de Mar Chica en Melilla* (dos grabados). – *El arco roto*, cuadro de G. Llewellyn. – *Galería de los Uffizi de Florencia* (lámina 7.ª) – *Lisboa. Los funerales del rey Carlos I y del príncipe Luis Felipe* (dos grabados). – *Captura de Siegfrido de Westerburgo, arzobispo de Colonia; En la biblioteca del convento; La carta del novio; Concierto en una casa de retiro, de Beguinas; La paz en el hogar; Una beguina; Un elegante de la antigua Brujas; Los voluntarios de la guerra de la independencia*, cuadros de Nicolás Meyer. – *Excmo. Sr. D. José Llabería*, retrato. – *Tánger. Embarque de los restos mortales del Sr. Llabería.* – *Barcelona. Entierro del Sr. Llabería.* – Dibujos de Cutanda que ilustran la novela *Alegre.* – *Barcelona. Nueva casa del «Orfeó Català»* (cuatro grabados). – *Lisboa. Calle del Arsenal, en donde fué perpetrado el doble regicidio.*

BOUQUET FARNESE 29, Bd des Italiens. VIOLET

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es una página bien terrible é impresionante de la «vida contemporánea» esa tragedia de Portugal, que desde hace días da pábulo á las conversaciones, y que lo dará á reflexiones históricas, por mucho tiempo.

Estoy convencida de que sólo una persona que haya seguido muy de cerca la marcha y desarrollo de la política lusitana en estos últimos tiempos, puede razonar las verdaderas causas y concausas que han venido preparando el asesinato del monarca y del heredero de la corona.

Pasa siempre—sobre todo en los primeros momentos—lo mismo: en el extranjero se forma una opinión somera, fácil, que acepta en grueso las versiones precipitadas, y que, por regla general, se inclina á las explicaciones de sentimiento, de personalidad, antes que á aquella prolija evaluación de motivos, relaciones, influencias y orígenes que hubiesen verificado un Taine ó un Macaulay para desentrañar la verdad realista que se esconde, infaliblemente, detrás del aparato escénico de esta clase de acontecimientos.

El fenómeno á que estoy refiriéndome se produjo en el célebre asunto Dreyfus. Mientras Francia se dividía en dreyfusistas y antidreyfusistas, el extranjero era dreyfusista casi en masa. Y es que al extranjero no había llegado lo que latía bajo el memorable proceso, sino solamente la novelesca y patética historia del prisionero en la Isla del diablo, de sus sufrimientos, etc. El serio problema de Francia, que en nada se parecía á ese capítulo de folletín, importaba muy poco á las demás naciones (porque las naciones han de convencerse de que cada una debe mirar por sí, y que nadie se salva ni se condena por otro). Así es que Dreyfus infundía gran lástima... aquende el Pirineo, allende los Vosgos, á la gente sensible. Los buenos corazones no se interesaban por Francia, sino por un francés, caso de que Dreyfus lo fuese, que ni por raza ni por atavismo lo era.

* * *

Y algo semejante, salvas todas las reservas, ocurre ahora con Portugal: el hecho escueto y trágico es lo que se ve; lo que envuelve ese hecho apenas preocupa. ¿La política portuguesa ha cambiado? Muy bien. Aquí no se sabe nada del nuevo ministerio: lo que se busca con afán en la prensa son los detalles sensacionales, que satisfagan el ansia de emoción. La figura de la reina, esposa y madre, bañada en el más humano de los llantos, transida por el más sagrado de los dolores, es lo que se destaca sobre el fondo rojizo de la siniestra tarde del 1.º de febrero. Y como añadidura de elemento dramático, y hasta cabría decir melodramático, al lado de esta noble figura envuelta en crespones, se sitúa la del detestado traidor, á quien se imputa la catástrofe, del que todos abominan y para el cual no hay diatribas suficientes: el dictador Juan Franco, que acaba de cruzar por Madrid. He ahí los elementos emocionales que, desde afuera, absorben por completo la atención, cristalizan la impresión, y no dejan lugar á que consideremos el problema político y social.

* * *

El problema, en Portugal, á lo que parece—pues yo no he estudiado detenidamente esa cuestión,—era colonial, de hacienda y de instrucción pública. El juego de báscula acostumbrado verificábase allí con regularidad: dos partidos, más avanzado el uno, más conservador el otro (como aquí), turnaban en el poder. Así, á su vez, mordían todos los políticos de Portugal en el sabroso bollo inagotable del presupuesto. Las cosas iban mal para el país, y si recuerdo ciertos divertidísimos artículos de Ramalho Ortigão, las Cámaras eran sencillamente el horno donde se cocía el bollo susodicho y donde se elaboraba eso que Max Nordau llamó la mentira convencional parlamentaria.

Apareció Juan Franco. Conste que no voy á recomendar sus métodos de gobierno. Sin duda le faltó arte y maquiavelismo; quizás no le permitieron desenvolver estas aptitudes (caso de que las poseyese) las circunstancias. Sólo creo deducir, de lo leído y escuchado recientemente, que Juan Franco, hombre muy rico y de quien nadie ha dicho que se pringase las manos ni tomase para sí valor de diez reis, arregló y levantó la hacienda, mejoró la situación de las colonias, rebajó los impuestos, reforzó el presupuesto de instrucción pública, impulsó la cultura activamente (y de ello son testimonio los dos postreros decretos que firmó, su último acto en el poder). Es cierto que amplió la dotación de la casa real, que acaso lo necesitaba para su decoro; pero también aumentó otros sueldos de funcionarios más modestos, y es lícito que lo haga así quien reduce las contribuciones y descarga al industrial y al agricultor.

Para realizar sus planes, Franco anuló las Cámaras y estableció la dictadura. (Sigo relatando lo que leo y oigo.) Ahora bien: yo me pregunto si debemos asustarnos de tal palabra, ó de alguna palabra; y vuelvo á preguntarme si no es esta la palabra que hace pocos años lanzaron á la circulación muchos españoles heridos en sus sentimientos patrióticos por las desventuras y el mal gobierno de nuestra nación, y si no fué Costa, el ilustre Costa, que es republicano, quien más nos deseó un *Franco* de hierro, un hombre enérgico que asumiese el poder y mandase sin cortapisas, destruyendo el imperio de la oligarquía y el caciquismo. Y bien mirado, quien conoce caciques, y caciques gallegos, ¿á qué Franco ha de temer? Dicen que Franco encarceló á muchos portugueses, sin que se supiese en dónde. Sin embargo, Franco no derramó sangre. Yo, que he contado la *verdadera* historia del cacique Lobeira, que al amparo de las leyes y las libertades vigentes hizo lo que en mi cuento *Viernes Santo* puede leer el que tenga ese capricho, ¿voy á alarmarme porque un dictador envíe gente á la cárcel? Siquiera ese dice, *francamente:* «Lo hago, porque soy dictador.»

* * *

Como artificio retórico, semejante á las frases que Medea dirige á Jasón, no está mal el repetir que Franco fué el verdadero regicida. Pero detengámonos un instante á reflexionar y veremos que, lógicamente y según todas las probabilidades, Franco debió creer que los asesinos la emprenderían primero y únicamente con él, puesto que él era el odiado, el sentenciado, el que recogía la cosecha de maldiciones. Y así lo hubiésemos supuesto todos, si nos echamos á vaticinar. El asesinato del rey, y del inocente príncipe, ha sido una sorpresa de la historia. Los regicidas, de la familia de los Brutos (dicho sea sin retruécano), creyeron que al suprimir individuos se suprimen instituciones, y es posible, aunque no seguro, que en este caso, como en el de Roma, suceda lo contrario; porque la conmiseración, la simpatía, el horror propio de sucesos tales, antes ganan partidarios á las víctimas que dan la razón á los culpados. Las conciencias honradas reprueban, como acaba de reprobar Bernardino Machado, jefe, según leo, del partido republicano portugués.

La casualidad, el destino, de tal modo combinan las cosas. Franco era el señalado para la bala ó el puñal, y sin embargo, según todos los indicios, si persiste en mantenerse alejado de su país y de la política, morirá en su cama, cuando Dios quiera. Así le sucedió á otro dictador, pero sanguinario, Rosas, quien, según las atrocidades que cometió, debió haber sido pulverizado mil veces, y acabó su existencia pacíficamente, en Londres. Hoy se reconoce que la dictadura de Rosas, aunque manchada y afeada por tantas crueldades, fué base del engrandecimiento futuro de la espléndida República Argentina. He aquí por qué digo que la sensibilidad es una cosa y la historia es otra. El romanticismo, que consagró los derechos del individuo, ha establecido y propagado la teoría de que la lesión al derecho de uno debe provocar la protesta de todos. Quizás, socialmente hablando, lo ortodoxo es lo contrario, y el bien de todos, de la nación en conjunto, va muy por encima de la queja individual. En suma, yo no desarrollo aquí teorías. Me limito á observar que, en Portugal como en todas partes, el que trata de atajar abusos y poner las cosas en orden, desencadena tempestades. La mansa anarquía establecida á la sombra de los gobiernos constitucionales forma una red de *intereses creados,* que no se puede romper fácilmente.

* * *

La prensa—y no tenemos otra fuente de información por ahora—reproduce amargas frases dirigidas por individuos de la familia real portuguesa á Franco, y hasta nos muestra al duque de Oporto con el bastón ó el puño alzado para agredir al dictador, ante los cadáveres del rey y del príncipe. Todo puede comprenderse y excusarse, bajo la impresión de pena y espanto, en los primeros instantes de tal suceso. Pero nosotros, que no debemos experimentar sino la piedad natural, el respeto no menos humano ante la tragedia, tenemos que juzgar de muy distinta manera el papel de Juan Franco, y la razón ha de decirnos que si él ejerció la dictadura, fué porque se la pusieron en las manos, habiéndole llamado, es frase del emigrado portugués vizconde de Ameal, para salvar la situación, considerándole «hombre de nervio.» Y este fué justamente el peligro y el escollo de la dictadura: que Franco no entró á ejercerla solamente para hacer patria, sino también para solventar y cortar dificultades y complicaciones, errores y tropiezos, de los cuales no le alcanzaba responsabilidad, aunque la hubiese echado resueltamente sobre sus hombros.

Podrá decirse que forzó la máquina; que fué más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Punto es este que yo no he de discutir, pues carezco de datos eslabonados, y á primera vista, creo que en efecto aciertan los que acusan á Franco de extremar el régimen de coacción. Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. «Durante algún tiempo—me dijo él mismo—no hubo en España más rey ni más Roque.» Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel período efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. De tal habilidad no dió muestras Franco, que siguió la regla de su apellido; procedió de un modo rectilíneo, sin acordarse de las sentencias del secretario florentino, que enseñan la cautela y el arte de hacer cuanto se quiere, inculcando á las gentes que se hace lo que ellas desean.

* * *

Con todo eso, el desacierto de Franco no impide que, cinco minutos antes de la tragedia, poseyese la entera confianza de su monarca y fuese considerado como el hombre providencial. La fatalidad—y claro es que por encima de la fatalidad, la Providencia,—gobierna y dirige los casos de fortuna, poder y sangre, y á veces los hombres van vendados y tranquilos hacia el precipicio. Deseemos de todas veras que la nación portuguesa, no sólo hermana, sino hermana gemela de la española, recobre la paz, el orden y la normalidad, bajo el cetro del joven don Manuel II, en tan tristes circunstancias investido de su altísimo cargo, y que con tan buena fe se apresta á desempeñarlo. Y en interés de Portugal, deseemos también que Franco, á quien ya los periódicos sus enemigos llaman *sincero,* no llegue á ser *necesario* é *indispensable.*

Emilia Pardo Bazán.

MARRUECOS.—LA MEHALLA IMPERIAL DE MAR CHICA EN MELILLA

Varios meses hacía que la mehalla imperial acampada en Mar Chica, al mando de El Filali, se hallaba en una situación crítica bajo todos conceptos. Acorralada en aquella posición por las fuerzas del Roghi, abandonada por el sultán, que no parecía preocuparse de aquellas tropas; sin recursos, sin alientos para abrirse paso entre sus enemigos por el lado de tierra y sin medios para huir por mar, los imperiales habrían perecido de inanición ó á manos de los roghistas, si al fin no se hubiesen decidido á refugiarse en Melilla, desobedeciendo, al parecer, las órdenes del makhzén, que pretendía siguieran en su campamento. Los preparativos para esa retirada han sido bastante largos y durante varios días arribaron á la plaza española varias barcas cargadas de pertrechos de guerra y conduciendo algunos enfermos.

La marcha de la mehalla no era cosa fácil, pues debía efectuarse en un trayecto de 20 kilómetros por terreno enemigo; pero afortunadamente las autoridades militares españolas obtuvieron del Roghi la promesa de que los imperiales no serían hostilizados, y gracias á esto y á la protección de nuestras tropas pudieron entrar el día 29 de enero último en Melilla, sin ningún contratiempo.

A las diez de la mañana las fuerzas españolas salieron de Melilla y ocuparon las posiciones convenientes para proteger el paso de los imperiales. El general Marina, con su estado mayor y algunas tropas y ametralladoras, avanzó en dirección á la bocana de Mar Chica, saliendo á recibirle á la entrada del campo moro 2.000 jinetes del Roghi, que le invitaron á entrar en su territorio.

En el entretanto la mehalla avanzaba penosamente y cuando el general la divisó salió á su encuentro, conferenciando con el jefe de la misma para convenir el orden en que debían entrar los imperiales en el campamento que se les había destinado. El estado de éstos no podía ser más deplorable; iban hambrientos, destrozados, algunos semidesnudos, y por el camino varios habían muerto de hambre. Llegaron primero las mujeres de los harenes, luego 170 jinetes bien trajeados, después el grueso de la mehalla y por último la impedimenta. Al pasar por el Hipódromo, entregaban las armas á una comisión de artilleros españoles; las del jefe fueron depositadas en la comandancia general.

Las fuerzas llegadas á Melilla, que, según el parte del general Marina, son unas 1.200 personas, 300 caballos y 300 ó 400 acémilas, quedaron acampadas en las inmediaciones del fuerte de Cabrerizas Bajas; pero, á causa de un temporal que reinó durante la primera noche, hubieron de ser trasladadas al barrio del Polígono y á la posada mora de el Fraile. Allí permanecerán hasta la llegada de barcos que se esperan para conducirlos á Tánger, siendo, mientras tanto, socorridos con raciones por las autoridades españolas.—R.

Los soldados de la mehalla entregan sus armas á los artilleros españoles al llegar á los límites del campo español

El Filali, + jefe de la mehalla, conferenciando con sus generales después de instalarse en el campamento de Cabrerizas Bajas
(De fotografías del capitán Lorduy).

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS

DE ARTISTAS CÉLEBRES

VII

Antonio Van Dyck.—Nació en Amberes en 1599 y murió en Londres en 1641. Poseedores sus padres de una gran fortuna, pudieron facilitar al futuro pintor la educación necesaria, colocándole en el taller de un artista de tanta valía como Van Baelen, ingresando después en el de Rubens, que se hallaba entonces en la plenitud de sus facultades y de quien fué el discípulo predilecto y el amigo querido. Para demostrar cuán provechosas fueron las enseñanzas del gran maestro y las excepcionales aptitudes del joven Van Dyck, cítase el hecho de que, habiéndose borrado parte de la figura de un cuadro de Rubens en ausencia de éste, todos los discípulos designaron al novel artista para enmendar el desperfecto ocasionado, llevando á cabo su cometido con tal rapidez y acierto, que sorprendió al autor de la obra la rara habilidad de su discípulo. Viajó por Italia, estudiando las producciones más notables, dejando en aquel país, así como en Holanda, en su patria y en Inglaterra, obras de extraordinario mérito, que como un *Cristo*, la *Ascensión*, *San Agustín*, el retrato de *Carlos I de Inglaterra*, pregonan su gloria y admiranse con el respeto que despiertan las grandes manifestaciones del genio. Agasajado y colmado de honores, estimado por el monarca inglés y distinguido con la investidura de caballero, vivió con gran ostentación, y aunque sus obras se pagaban á gran precio, no bastaban tan considerables ingresos y las pensiones que percibía á sufragar todos sus gastos, minando su existencia la vida galante y desordenada, falleciendo cuando apenas contaba cuarenta y dos años, siendo inhumado su cadáver en la catedral de San Pablo, de Londres.

El arco roto, cuadro de G. Llewellyn

Diego Velázquez de Silva.—Este célebre pintor español nació en Sevilla en 1599 y murió en Madrid en 1660. En vista de su decidida inclinación á la pintura, pusiéronle sus padres bajo la dirección de Herrera *el Viejo*, pero el carácter desabrido del maestro fué causa para que prefiriera las más agradables y provechosas enseñanzas de Francisco Pacheco, llegando á merecer de aquel dignísimo artista tantas simpatías, que le concedió la mano de su hija Juana. Las obras que produjo en este primer período, como *El aguador de Sevilla* y *La adoración de los Reyes*, atestiguan sus méritos y dan á conocer su estilo. Deseoso de ampliar sus estudios, trasladóse á Madrid, en donde hubo de limitarse á visitar las colecciones reales, pues, á pesar de los esfuerzos de uno de sus valedores, no pudo conseguir permiso para pintar el retrato del rey. No desistió de su empeño, ya que hallándose de regreso en Sevilla y después de haber pintado el retrato de Góngora, fué llamado á Madrid por el conde duque de Olivares, pintando el famoso *retrato ecuestre de Felipe IV*, que expuesto al público llamó poderosamente la atención, declarándose los cortesanos sus primeros admiradores. A partir de aquella época disfrutó Velázquez varias pensiones y emolumentos por conceptos tan poco en armonía con su profesión, como los que correspondían á diversos cargos de la servidumbre patatina, produciendo esa serie de obras que han enaltecido su nombre, por las cuales el monarca le había abonado cantidades irrisorias. Obtenida la venia de Felipe IV, trasladóse á Italia, y allí, entre otras obras, pintó el notabilísimo retrato de Inocencio X, que se conserva en Roma. Difícil empresa sería enumerar la labor realizada por este preclaro pintor, gloria preciadísima del arte patrio; esto no obstante, hemos de citar sus cuadros titulados *Las hilanderas*, *La fragua de Vulcano*, *Las Meninas*, *La rendición de Breda*, *Los borrachos*, *El conde duque* y otros más que se consideran como otras tantas manifestaciones de su genio.

Juan Bautista Salvi.—Nació en Sassoferrato en 1605 y murió en Roma en 1685. Comenzó sus primeros estudios en el taller de su padre, continuándolos en Roma y en Nápoles. Distinguióse como colorista y por su hábil manejo del claroscuro, así como por la dulzura de expresión de las imágenes. Demostró gran predilección por representar á la *Sagrada Familia* en el hogar doméstico, siendo muy notables las varias cabezas de *Madona* que produjo.

Harmenzs Rembrandt.—Nació en Leyde en 1607 y murió en Amsterdam en 1669. Estudió Jurisprudencia en la Universidad de Leyde; pero su decidida vocación artística le indujo á ingresar en el taller del pintor Schauenburg y después en los de Lastman y Pinas. Distínguense sus obras por ser trasunto de la realidad, por su expresión, por su claroscuro, por el contraste de las masas y el efecto de luz característico. Sus cuadros catalogados ascienden á 366, siendo innumerables sus trabajos al aguafuerte. Entre sus producciones ejemplares deben citarse *Lección de anatomía*, *La ronda*, *Simeón en el templo*, *La Visitación*, *El buen samaritano*, *Los síndicos de la corporación de plateros*, *El alquimista*, etc. La fortuna que llegó á reunir, así como las magníficas colecciones de cuadros, estatuas, armas y otros objetos preciosos, hubo de entregarlos á sus acreedores. Falleció en la mayor pobreza.

Baltasar Franceschini. — Nació en Volterra en 1611 y murió en 1689. Dedicóse este artista, apellidado el *Volterrano*, á la pintura monumental, para la que tuvo raras aptitudes. Hábil y fecundo, pintó un gran número de frescos y cuadros, que se conservan en Florencia, Volterra, Pisa y otras ciudades, citándose entre sus más notables obras las tituladas *Elías elevado al cielo*, *La ceguedad humana*, *Las cuatro Virtudes*, etc.

Bartolomé Van der Helst.—Nació en Harlem en 1612 y murió en Amsterdam en 1670. Estudió la pintura en su pueblo natal, fijando después su residencia en Amsterdam, en donde comenzó por dedicarse á la pintura de paisaje, sin perjuicio de cultivar con acierto otros géneros, según lo atestiguan sus cuadros titulados *Los jefes de la milicia ciudadana* y *Los cuatro jefes de los gremios*. Esto no obstante, prefirió la pintura de retratos, á la que se dedicó por completo.

Gerardo Dou.—Nació en Leyde en 1613 y murió en 1675. Comenzó por dedicarse á pintar vidrieras para las iglesias, y no agradándole esta clase de trabajo, ingresó en el taller de Rembrandt, bastándole tres años para adquirir la habilidad necesaria para producir sin las indicaciones de un maestro. Minucioso en su labor, considérasele como el artista más exacto y más concienzudo en la representación de la naturaleza. Sus cuadros, que se cotizan á elevado precio, producen la impresión de lo nimio y sorprenden por sus pormenores.

Salvador Rosa.—Nació en Arencua, cerca de Nápoles, en 1615, y murió en Roma en 1673. Comenzó sus estudios de pintura en el taller de su cuñado, el pintor Francaziani, que abandonó á los diez y ocho años para dedicarse por completo al estudio de la naturaleza, recorriendo las montañas y visitando las ruinas. En Nápoles logró llamar la atención, reuniendo recursos suficientes para instalarse en Roma, en donde enfermó gravemente de la *malaria*, viéndose obligado á trasladarse á su pueblo natal. Protegido por los cardenales Brancacci y Salvador, pintó obras tan notables como la de la *Incredulidad de Santo Tomás*, *Prometeo*, *La hechicera*, etc., que al igual de todas las que producía, se pagaban á buen precio. Amigo de las libertades de su patria, combatió en las filas de Masanielo, viéndose obligado á refugiarse en Florencia, en donde obtuvo la protección y simpatía de los duques. Debilitadas su vista y sus facultades mentales, falleció á los cincuenta y ocho años, sepultándose su cadáver en Nuestra Señora de los Angeles, en Roma.

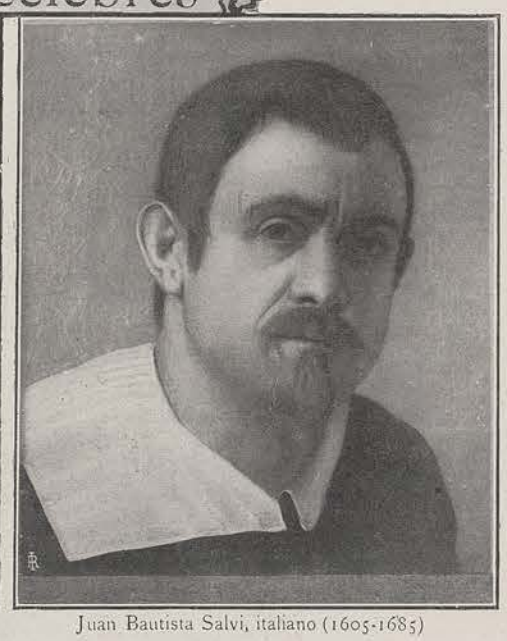
Carlos Dolci.—Nació en Florencia en 1616 y murió en 1686. De carácter poco emprendedor, limitóse á ejecutar obras de composición poco complicada, generalmente del género religioso, muy estimadas durante la vida del artista, resultando minuciosas y armónicas. —*Z.*

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Antonio Van Dyck, flamenco (1599-1641)

Diego Velázquez, español (1599-1660)



Juan Bautista Salvi, italiano (1605-1685)

Harmensz Rembrandt, holandés (1607-1669)

Baltasar Franceschini, italiano (1611-1689)

Bartolomé Van der Helst, holandés (1612-1670)

Gerardo Dou, holandés (1613-1675)

Salvador Rosa, italiano (1615-1673)

Carlos Dolci, italiano (1616-1686)

LÁMINA 7.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

LISBOA.—LOS FUNERALES DEL REY D. CARLOS I Y DEL PRÍNCIPE LUIS FELIPE

Los funerales de D. Carlos y del príncipe Luis Felipe, que se efectuaron en Lisboa el día 7 de los corrientes, fueron una manifestación de duelo tan solemne como grandiosa.

Desde las primeras horas de la mañana una muchedumbre numerosa llenaba el largo trayecto que había de recorrer el cortejo fúnebre y que se hallaba, en su mayor parte, cubierto por las tropas. Todas las tiendas y establecimientos públicos estaban cerrados.

A las once, se rezaron responsos en la capilla de palacio, en presencia del rey D. Manuel y de las reinas doña Amelia y doña María Pía; terminada la ceremonia religiosa, se puso en movimiento la comitiva.

Abrían la marcha fuerzas de caballería y seis porteros de palacio, detrás iban las corporaciones y los particulares y seguían luego las antiguas carrozas de gala reservadas para los altos dignatarios de la corte y los miembros de las misiones extranjeras extraordinarias, los carruajes que conducían las llaves de los ataúdes y la corona real, custodiada por un oficial de la real escolta.

Marchaban después dos armones, en donde iban los féretros cubiertos con un gran manto de terciopelo negro con galones dorados; á uno y otro lado daban guardia seis porteros de la real cámara, con antorchas. Cerraba el cortejo la guardia real de arqueros, el cuarto militar del rey D. Manuel, á caballo, y una brigada de caballería.

La comitiva salió del palacio de las Necesidades á las once y media y llegó, poco antes de la una, á la iglesia de San Vicente, en donde aguardaban las comisiones oficiales que no tenían puesto en el cortejo. Recibidos los cadáveres por el clero del templo y por el patriarca de Lisboa, hízose cargo de ellos la cofradía de la Santa Casa de Misericordia que tiene el privilegio de rezar ante los cadáveres de los reyes y de vender, en beneficio de la hermandad, los paños que cubren los regios ataúdes.

Terminados los rezos de la cofradía, los altos dignatarios colocaron los ataúdes en los catafalcos y comenzó el oficio de difuntos.

A las cuatro y media acababa la ceremonia religiosa.

El mayordomo mayor de palacio entregó al patriarca las llaves de los féretros, jurando solemnemente que los cuerpos en ellos encerrados eran los del rey Carlos y del príncipe Luis Felipe, y firmó las dos actas de la entrega de los ataúdes y de las llaves.

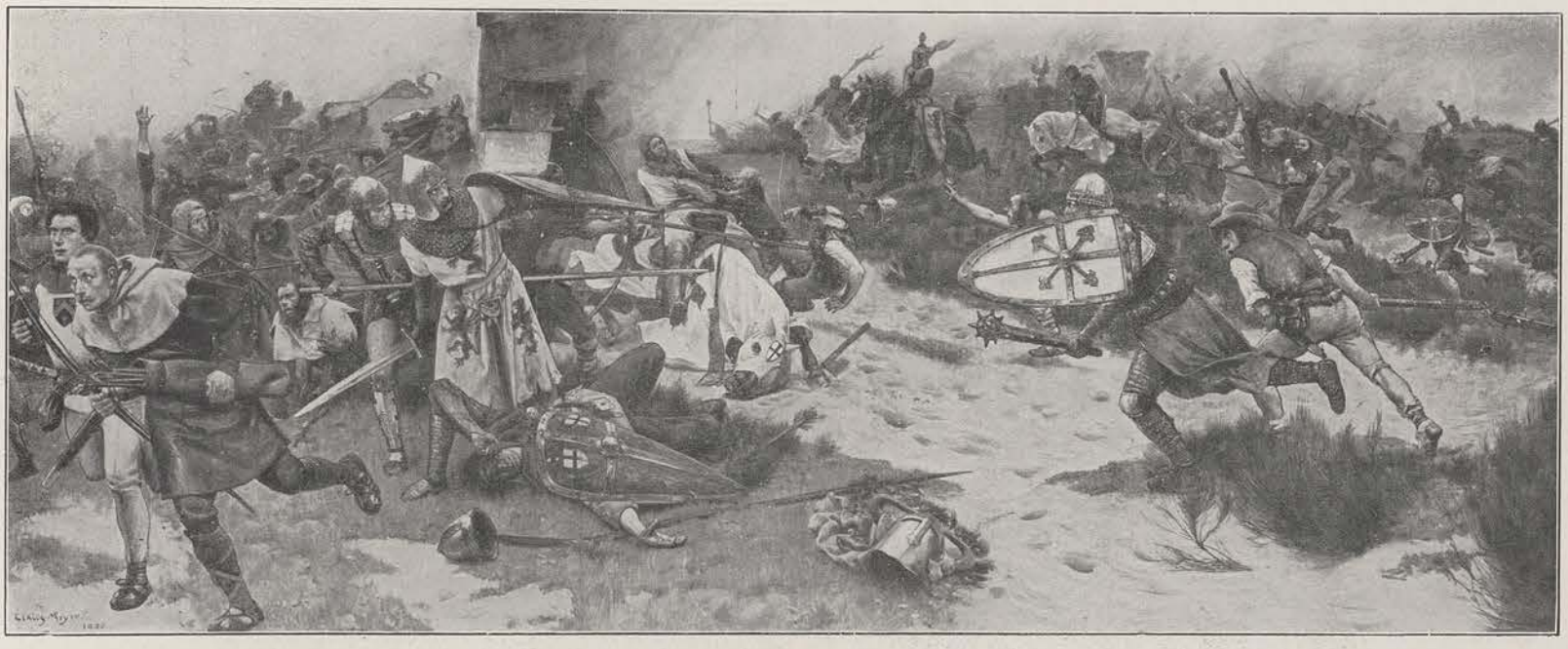
Los cadáveres han permanecido expuestos en la iglesia de San Vicente cuarenta y ocho horas, habiendo desfilado delante de ellos un público enorme,

A las tres de la tarde del día 10 efectuóse la traslación de los féretros reales. El patriarca de Lisboa, al frente del clero catedral, entonó los cantos litúrgicos, terminados los cuales fueron transportados, por los caballerizos palafreneros, primero el ataúd del príncipe Luis Felipe y luego el del rey D. Carlos, al Panteón; y después de la bendición dada por el prelado, el ministro del Interior, en funciones de notario mayor del reino, leyó las actas de entrega de los cuerpos. El mayordomo mayor de palacio, conde de Sabugosa, juró que los cadáveres eran los del rey y del príncipe, y firmadas las correspondientes actas, dióse por concluída la ceremonia, retirándose los concurrentes y cerrándose las puertas del Panteón.—S.

El público esperando el paso del fúnebre cortejo

Los delegados extranjeros frente á la capilla real. (De fotografía de Branger.)

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER



Captura de Siegfrido de Westerburgo, arzobispo de Colonia, en la batalla de Worringen, pintura mural

Nicolás Meyer es de los artistas cuya personalidad más se refleja en sus obras; así es que, á pesar de las variadas manifestaciones de su arte, siempre adivinamos detrás de ellas el mismo carácter, el mismo hombre.

La mayoría de sus obras son reproducciones de escenas tranquilas, de índole contemplativa; cuando nos lleva á la silenciosa celda del monje, ó á la humilde vivienda del pescador, ó al cómodo aposento de unas religiosas, ó á la soleada habitación de una joven, lo hace de una manera tan perfecta, que nos parece estar dentro de aquellos interiores y tomar parte en la existencia íntima de aquellos personajes. Y oímos, por decirlo así, los dulces cantos de las beguinas, asistimos á las animadas discusiones de los políticos de aldea, nos regocijamos con los dichos de los bebedores ó nos sumimos en la meditación ante los infolios que reposadamente lee el erudito, sintiendo todas estas impresiones sin el menor esfuerzo, porque todos aquellos cuadros han salido del corazón y al corazón hablan, todos son debidos al sentimiento más sincero.

Cierto que Meyer viste sus figuras con trajes de pasados tiempos y las coloca en lugares que ha tomado de Bélgica ó de Holanda ó de otros países desconocidos ó cuando menos extraños para nosotros; pero esto no obsta para que sus lienzos nos produzcan la impresión de la realidad vivida, lo cual se debe á que sus personajes son hombres de carne y hueso, sea cual fuere la época en que vivieron. Con una facultad de asimilación admirable, se ha identificado con el espíritu de los pasados siglos, y con la paciencia y el estudio de apasionado coleccionista, se ha hecho con un arsenal de elementos de indumentaria, de mueblaje, de arquitectura, de decoración de los tiempos mediovales y del Renacimiento, que le permite reproducir con exactitud asombrosa los interiores de las viviendas y en general los lugares en que sus personajes se mueven.

En la biblioteca del convento

Como colorista, merece ser puesto al lado de aquellos pintores holandeses del siglo XVII, para quienes no había nada que no fuese digno de ser pintado y que en los más insignificantes objetos sabían encontrar encantos, si no por lo que en sí tales objetos significaban, por su armonía con los demás componentes del cuadro.

Meyer ha pintado algunos cuadros de batallas, pero los pintó en su juventud, impresionado todavía por los recuerdos de las grandes guerras de principios del pasado siglo, que tanto influyeron en la mentalidad de los estudiantes alemanes. Muy pronto, sin embargo, sintió en la ciudad de Nuremberg, que tan admirablemente conserva el sello del pasado, el amor á las cosas viejas, amor que desde entonces no ha abandonado, y á medida que avanzó en su carrera artística se dedicó á estudiar profundamente y en todos sus aspectos pictóricos la Edad media, que hoy como pocos conoce.

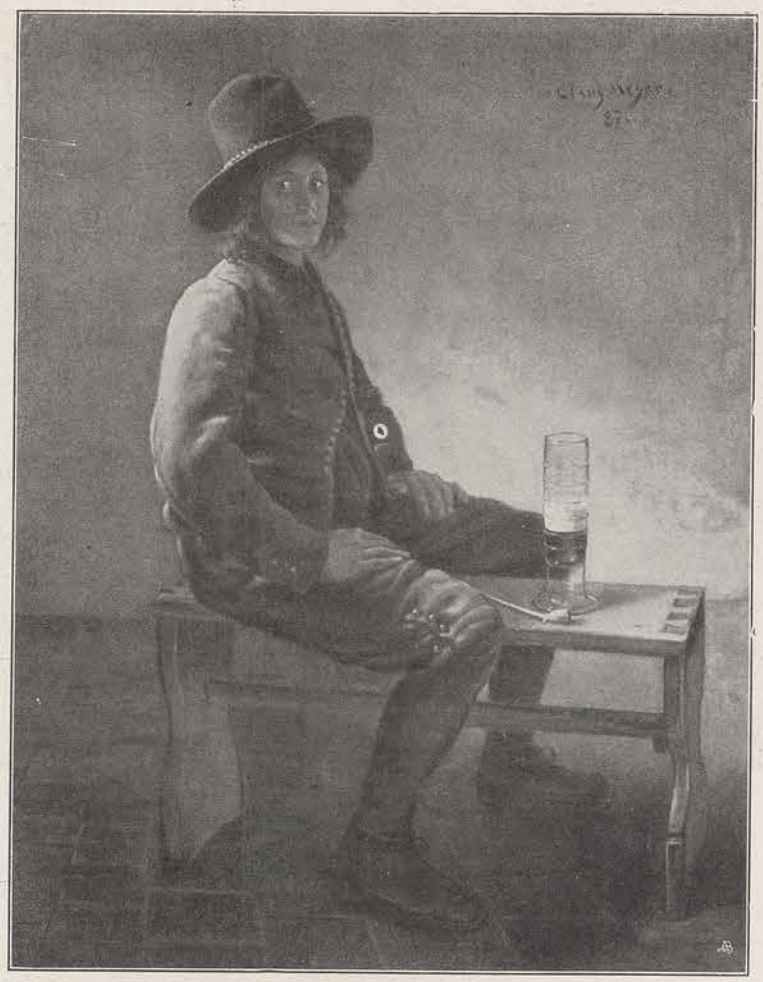
Uno de sus primeros cuadros y el que le valió su primer éxito, es el titulado *En la biblioteca del convento*, que en esta página reproducimos, y ya en esta obra primeriza se nos aparece el pintor enamorado de lo antiguo y el colorista de las tonalidades suaves y armónicas, cualidades que fueron desarrollándose con el tiempo hasta llegar al grado de perfección que hoy admira en él todo el mundo.

Mas no es Meyer únicamente pintor de género; también ha producido varios cuadros religiosos, en alguno de los cuales, siguiendo el ejemplo de tantos otros maestros, ha acomodado el texto bíblico á las circunstancias de lugar y tiempo de nuestros días. Ha pintado asimismo lienzos de asuntos históricos, que adornan los muros del famoso castillo de Burg, que se alza en el centro de la comarca del Berg. Este castillo, totalmente destruído durante la guerra de sucesión de Cléveris, fué hace poco reedificado como monumento nacional, habiéndose confiado á Meyer el encargo de adornarlo con pinturas que reproducen los principales hechos acaecidos, no sólo en aquella fortaleza, sino también en todo el país. Dos de estas pinturas al fresco, *Captura de Siegfrido de Westerburgo, arzobispo de Colonia* y *Los voluntarios de la guerra de la Independencia*, que reproducimos en esta página y en la 129, decoran el testero del Salón de los caballeros.

Nicolás Meyer ha sido profesor de la Academia de Karlsruhe y actualmente lo es de la Academia de Dusseldorf. Sus dotes como maestro no son menos relevantes que las que le adornan como artista; muchos de sus discípulos se han dado á conocer con obras de gran valía, que son una demostración de que Meyer tiene la primera condición que para la enseñanza del arte se requiere, á saber, la de respetar la personalidad de sus alumnos. Naturalmente que algo suyo transmite á los que á su dirección se confían; pero aparte de esta influencia perfectamente explicable, posee la rara habilidad pedagógica de encaminar el desenvolvimiento artístico de cada individuo por la senda que el carácter y las aptitudes de éste señalan como más apropiada.—H. B.

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER

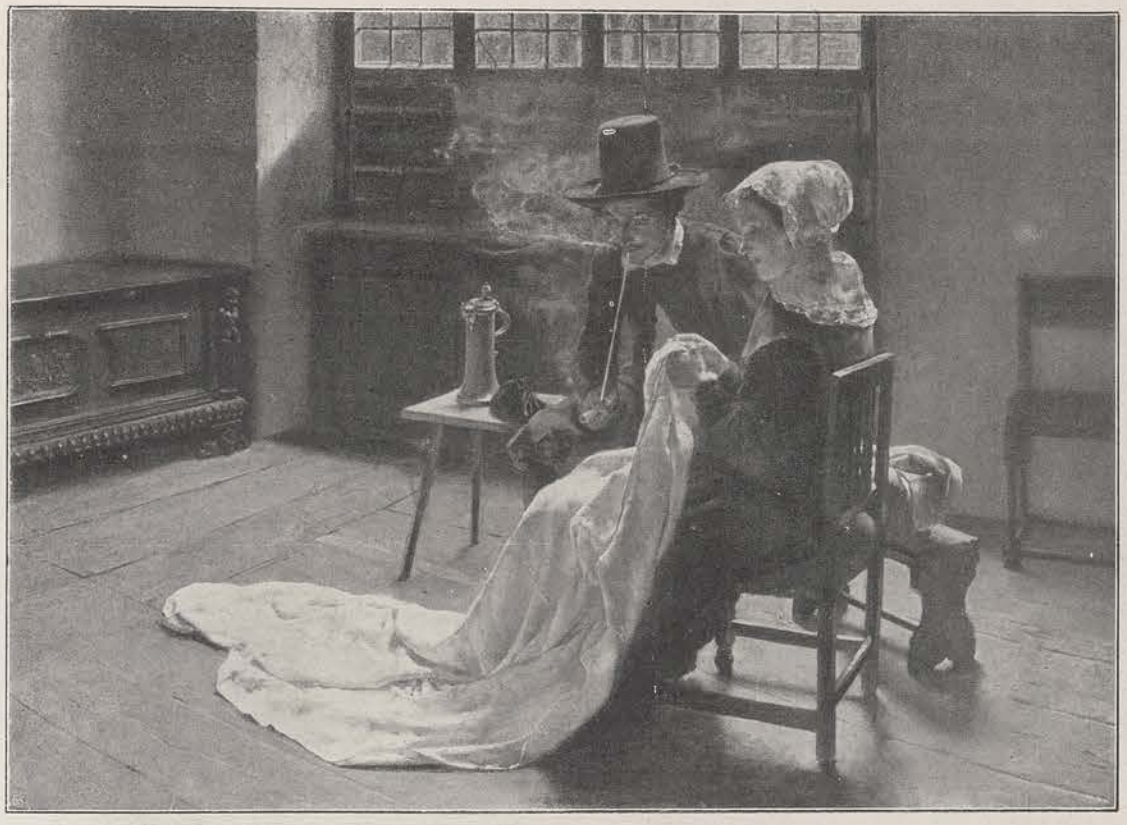
La carta del novio



El bebedor

Concierto en una casa de retiro de beguinas, en Brujas

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER



La paz en el hogar

Una beguina

Un elegante de la antigua Brujas

Los voluntarios de la guerra de la independencia (1815) del territorio de Berg (Prusia). Pintura mural

EXCMO. SR. D. JOSÉ LLABERÍA

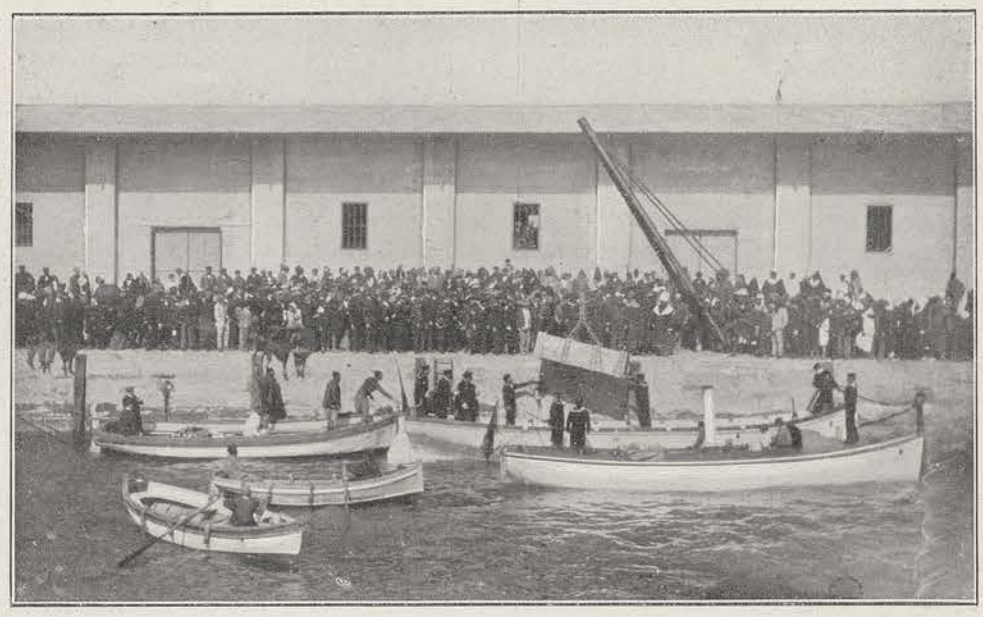
El distinguido diplomático, ministro de España en Marruecos, recientemente fallecido en Tánger, había nacido en Barcelona en 4 de noviembre de 1850. En esta universidad cursó con gran aprovechamiento las carreras de Derecho civil y canónico y de Filosofía y Letras, pasó luego á Madrid, en donde se doctoró en derecho en 1873, y por oposición ingresó en la carrera diplomática, entrando á servir inmediatamente, como agregado, en la legación de Berlín, después en las de Lisboa y Wáshington y posteriormente en el Ministerio de Estado.

En 1880 fué ascendido á tercer secretario y en 1882 á secretario de segunda, con destino á Lima; de allí fué trasladado á Buenos Aires y Atenas, desde donde volvió á la capital del Perú, en 1885. Después de servir corto tiempo en la embajada cerca de la Santa Sede, destinósele nuevamente á Lima, permaneciendo en aquella legación desde 1888 á 1890. Ascendió á secretario de primera clase, con destino al Ministerio de Estado y desde éste pasó á Pekín como encargado de Negocios, puesto que ocupó durante la guerra chino-japonesa.

En 1896 ascendió á Ministro, siendo destinado como tal á Río Janeiro; en 1898 pasó á la Dirección de Comercio y Consulados en el Ministerio de Estado; en 1900 fué trasladado á Santiago de Chile y en 1905 á la legación de Tánger.

Su gestión diplomática en Marruecos es bastante reciente para que sea menester recordar los inmensos servicios que en estos últimos tiempos, tan difíciles y tan comprometidos, ha prestado á la nación española y á la causa de la civilización. Los que han podido apreciar de cerca su labor, los que le han visto días, semanas y meses enteros luchar con la diplomacia, llamémosla así, del makhzén, y defender con energía y perseverancia admirables los altos intereses que le estaban encomendados de las acechanzas, tortuosidades y ambigüedades de la política marroquí, no han tenido en todas ocasiónes más que palabras de alabanza para él, presentándole, con razón, como modelo de diplomáticos inteligentes y de abnegados patriotas Así pudo decir nuestro consul en Tánger, Sr. Cuba, al enterarse de la muerte del Sr. Llabería, que con él perdía España «una laboriosidad infatigable, una inteligencia de primer orden, una honradez á toda prueba, un patriota, una conciencia recta.»

Desde hacia mucho tiempo estaba padeciendo una enfermedad bronquial crónica que se agravó durante su última estancia en Rabat, á consecuencia de su ímprobo trabajo y de lás pésimas condiciones de aquella población. Algo restablecido, el gobierno le autorizó para trasladarse á Tánger, pero las fatigas del viaje y las ocupaciones que en la capital del imperio le aguardaban hiciéronle recaer. El día 6 vióse obligado á entregar la legación al primer secretario Sr. Padilla, y al día siguiente falleció.



Tánger.—Embarque de los restos mortales del Sr. Llabería. (De fotografía de Rittw gen.)

Su cadáver quedó expuesto en la capilla ardiente instalada en la legación española y el día 9 fué conducido á bordo del buque de guerra *Numancia*, habiendo asistido á aquel acto numeroso cortejo, en el que figuraban el cuerpo diplomático, las autoridades marroquíes, presididas por Mohamed Torres, la colonia española y casi toda la población de Tánger.

La *Numancia* trasladó los restos mortales del señor Llabería á Cádiz, desde donde han sido conducidos á Barcelona. El entierro, efectuado en esta ciudad el día 13, fué una imponente manifestación de duelo y simpatía al ilustre conciudadano y un solemne homenaje de respeto y admiración al patriota eminente que tan alto había sabido poner el nombre de España dondequiera que ostentó la representación que ésta le confiara. El gobierno dispuso que se le tributasen honores de teniente general y al homenaje oficial puede decirse que se asoció todo Barcelona: las autoridades, las corporaciones, las sociedades y un público numerosísimo testimoniaron con su presencia en el fúnebre acto el singular aprecio que aquí se profesaba al señor Llabería

Durante su larga y brillante carrera, había sido el Sr. Llabería recompensado con las siguientes distinciones: de España, con la cruz de Isabel la Católica, la encomienda de número de Carlos III y la cruz de 2.ª clase del Mérito Naval, con distintivo blanco; de Portugal. con la encomienda del Cristo y la gran cruz de Villaviciosa; de Francia, con la encomienda de la Legión de Honor; de Dinamarca, con la cruz del Danebrog; de China, con la condecoración del Doble Dragón. Era también caballero de la Corona de Hierro, de Austria; oficial del Salvador, de Grecia; caballero de la orden de Medjidié, de Turquía, etc.

¡Descanse en paz!

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* — Apeles Mestres ha expuesto una colección de dibujos, ilustraciones de su último poema *Lilianas;* son composiciones bellísimas, de carácter imaginativo, en las que se combinan hermosamente flores é insectos, bosques fantásticos y figuras ideales. Triadó ha expuesto varios paisajes, en los que se admira la acertada visión del natural y la destreza en resolver los problemas del aire y de la luz.

Excmo. Sr. D. José Llabería, ministro de España en Marruecos, fallecido en Tánger el día 7 de los corrientes. (De fotografía de Debas, de Madrid)

Salón Esteva. – El Sr. Pichot ha expuesto una colección numerosa de cuadros al óleo, pasteles y aguafuertes, escenas de costumbres populares, naturaleza muerta, vistas de Granada y de algunos pueblos de Cataluña. Todas estas obras se distinguen por el vigor del dibujo, por la intensidad del colorido y, sobre todo, por el movimiento de las masas de figuras y por la originalidad, así de la composición, como del procedimiento.

Colección Montoya. – Pueden admirarse en esta colección, actualmente expuesta al público, notables obras de Boucher, Claudio Coello, Coypel, Delacroix, Dominiquino, Espalter, Goya, el Greco, Guido Reni, Horemans, Meissonnier, Millet, Murillo, Poussin, Primaticio, Rembrandt, Ricci, Salvator Rosa, Van Dyck, Zurbarán y otras de las escuelas de Brujas, flamenca y de Sassoferrato, así como una porción de miniaturas y esmaltes antiguos bellísimos. El catálogo de esta exposición contiene bonitas reproducciones de algunos de los principales cuadros de la colección y ha sido impreso en Barcelona por la casa J. Thomas.

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito en el Principal *Fugint del foch i ..*, pieza en un acto de Narciso Sicars, y *El milacle de Santa Agnés*, leyenda en tres actos, letra de Salvador Vilaregut y música del maestro Montserrat.

PARÍS. – En el Gymnase se ha estrenado con aplauso *Le bonheur de Jacqueline*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault.

– El notable violinista y compositor catalán Sr. Manén, ha obtenido recientemente dos grandes triunfos en Alemania. En el teatro Real de la Corte de Dresde se ha estrenado con gran éxito su ópera *Aclé*, que ha sido puesta en escena con extraordinaria magnificencia, cantada por excelentes artistas y dirigida por el célebre maestro Schuchs; y en la «Gewandhaus,» de Berlín ha dirijido personalmente su sinfonía *Catalonia*, que ejecutó magistralmente la famosa orquesta Filarmónica y que fué recibida con grandes aplausos.

Barcelona.—Entierro del Sr. Llabería. Paso del fúnebre cortejo por el paseo de Isabel II
(De fotografía de A. Merletti.)

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)

– Adiós, murmuró él quitándose la boina

Y el pasajero de la *Gaviota* contó al capitán una historia fantástica de venganzas y maldiciones con que un cacique hizo volver bruja á su hija; una de esas extrañas leyendas que nacen y viven en el corazón del pueblo sencillo.

—Y se come los niños crudos, añadió, mirando con picardía al asustado Alegre, que, trémulo de espanto y sintiéndose invadir de nuevo por el miedo, remaba con toda su alma.

Habían tocado en la otra orilla.

—Gracias, muchacho, le dijo el pasajero, saltando á tierra.

El negrillo plegó del todo su inútil vela y volvió á los remos.

Sólo cuando vió las torrecillas del *chalet* se disipó su miedo.

—Es un cuento de niños; y yo soy un hombre, más que un hombre..., soy un capitán.

Si Tell hubiera sabido reir, se hubiera reído: el capitán Alegre era todo un valiente.

XVI

LOS CELOS DE LA «GAVIOTA»

Corrió un año.

Sonreía la primavera.

Los campos, despejados de sus túnicas de escarcha, vestíanse de verdura. Sus rojas corolas asomaban las margaritas sobre el césped florido.

Los árboles agostados se cubrían de brotes y renuevos. Reventaban los botones en los matorrales del monte. Se perfumaban los bosques con el incensario de las flores del aire, y sonaba de nuevo el concierto de las frondas.

Los pájaros preludiaban sus partituras de estío, columpiándose al borde del nuevo hogar.

Las golondrinas, de regreso ya de las cálidas regiones adonde las arrojaran los fríos del invierno, volvían en bulliciosos escuadrones á invadir los aleros, cansadas de rozar en sus vuelos parabólicos las ondas de la mar con sus alitas de terciopelo.

La comba de la mar era más serena. La lámina del cielo se había bruñido. La naturaleza se vestía de fiesta.

Alegre era el Alegre de siempre.

Había crecido medio palmo, pero su carita era la misma, tan linda, tan graciosa, tan simpática como antes... y tan negra.

Habíase convertido en un excelente grumete. Tenía doble fuerza que antaño y triple habilidad. Nadie entre los chicos de su edad le ganaba á nadar como un pez; jugaba con las olas, se hundía en ellas, se revolcaba y se envolvía en las turbias espumas de la costa, lo mismo que jugaban los chiquillos del pueblo en la arena de la playa.

Nadie tampoco le ganaba á grumete; nadie sabía dirigir un bote como él; ni los marinos curtidos al sol de la mar. Conocía los secretos de su *Gaviota* como una madre conoce los caprichos de su hijo.

La *Gaviota* no era un ser insensible; la *Gaviota* sentía y amaba; era terca con los extraños, dócil con sus amigos y esclava de su dueño. La voluntad de Alegre se fundía con la voluntad de la *Gaviota*.

Mil veces había remontado con ella el curso del río hasta donde nadie llegó jamás, hasta donde sólo él podía llegar, sorteando los bancos de arena y las cascadas. Ya no temía el encuentro con la india Chulpa; se reía de ella, como se reía de los chicos que temblaban á su nombre. El capitán Alegre sólo á una cosa temía en el mundo: al mar.

«Era un dulce marino. . de agua dulce.»

Porque si Alegre jugaba con las olas del mar, era en la costa en los días de calma. Le desconfiaba, conocía que lo odiaba, ¿por qué?; eso no lo sabía, y él que tanto lo quiso antes, acabó por odiarlo también. Quizás el tío Jorge le había infiltrado el rencor que guardaba para aquel ser misterioso de raros caprichos y de crueles diversiones.

Tenía el presentimiento de que alguna jugarreta le iba á hacer; y entre el niño y el mar se cortaron las relaciones cariñosas.

«¿A qué no?,» se decía Alegre, imaginándose que el mar había dicho «¿á qué sí?»

Y huía de él.

Pero hay días en que el mar, cansado de su eterna agitación, se duerme y á los rayos del sol aparece terso y brillante como un cristal azogado.

Alegre, al mirarlo dormir, se sonreía, y entonces conocía que el río lo hastiaba; la *Gaviota* también estaba cansada del agua dulce.

—Padre Ludovico, decía el muchacho al pescador, ¿quiere usted que vaya á correr unas bordadas en la *Gaviota* por la mar?

—¡Qué bordadas, muchacho, si no hay una brizna de aire!

—Entonces á remar un poco.

El marino miraba al niño; la sed de agua salada lo devoraba.

—Veamos, veamos, decíase.

Y olfateaba la atmósfera, apuñaleando el horizonte con sus miradas para pispar, si la había, la más leve señal de cambio de tiempo; después miraba el mar sereno sin el menor pliegue.

—Está dormido, cuchicheaba, como si temiera despertarlo; anda, muchacho, con juicio, ¿eh?, y hasta el Peñón de las gaviotas, nada más; pero si cambia el tiempo te vuelves en seguida aquí, y juicio, mucho juicio.

Otras veces, después de arrancar sus secretos al horizonte y contemplar al mar aparentemente dormido, exclamó:

—¿Duermes, tunante? ¡Ja, ja, ja! A perro viejo no hay tus tus; si sabré yo, bribona, cuando te pican las pulgas.

Y dirigiéndose á Alegre añadió:

—No, muchacho, ahora no, la mar duerme, pero ronca; te atraparía el pampero antes de llegar al Peñón.

Y jamás el viejo marino se engañaba.

Los últimos rayos del sol solían morir en las calvas crestas de un peñón que se alzaba á una legua de la costa, mar adentro.

Inaccesible y pelado, se erguía solitario, sirviendo de refugio á las gaviotas que hacían sus nidos en las quiebras de sus peñas, y á las golondrinas, que al salir el sol se tendían en escuadrones sobre las rocas del acantilado.

Jamás se oía en él más rumores que el eterno chapotear de las olas que lavaban sus flancos y los ásperos gritos de las aves salvajes, sus únicos moradores.

Aquel islote, que habían dado en llamar el Peñón de las gaviotas, era la meta hasta donde llegaba en sus excursiones el negrillo. El negro peñascal le atraía con misteriosa fascinación.

Entre los libros que le diera el señor cura, guardaba uno inmortal: era el *Robinsón Crusoe*, de Daniel de Foe.

Mil veces en aquellos días de calma, cuando se dirigía al Peñón de las gaviotas, soltaba los remos y dejaba libre á la embarcación, seguro de que en aquella balsa de aceite, en el mar dormido, ni una brizna de aire inflaría la vela que pendía inerte, y se engolfaba con fruición en la lectura de su libro.

Alegre soñaba despierto.

Cuando terminaba un capítulo, empuñaba los remos y volaba á atracar en una playa arenosa que dulcificaba uno de los flancos del peñón. Echaba el ancla y desembarcaba.

Su imaginación lo hacía gozar del raro placer de creerse solo, abandonado en medio de los mares, en una isla desierta, como su héroe favorito.

Hacía fuego con un eslabon y una yesca, que jamás abandonaban sus bolsillos, los fósforos no eran dignos de un marino, veía levantarse la columnita de humo hasta el cielo, y exploraba el horizonte por si divisaba alguna vela.

Sus caprichosos juegos sólo molestaban á las gaviotas, turbadas en su tranquila existencia, que protestaban con roncos graznidos de la presencia de aquel náufrago improvisado.

Pero Alegre, en Cruz Chica, hacía algo más que divertirse.

La vida es cara y él que no quería ser carga para nadie, trabajaba para vivir. Al menos padre Ludovico solía decirle: «Alegre no trabajes tanto.» Y es que el buen marinero conociendo que el muchacho deliraba por las excursiones y que al mismo tiempo se habría avergonzado de que le tacharan de haragán, conciliaba los dos términos. Las tareas más fáciles ó más entretenidas eran para Alegre; recorrer los espineles en el río, tender las líneas, ir al monte á cortar leña y volver con la *Gaviota* cargada de ella, eran diversiones para el muchacho.

Mas cuando llegó la primavera y reventaron los gérmenes de vida, aquella explosión de luces de colores, de perfumes, enloquecieron al muchacho.

Divertidas y todo, con los calorazos que reinaban, las tareas más ligeras se hacían pesadas.

Y el negrillo suspiró por la *Gaviota* y por la libertad.

Padre Ludovico lo adivinó.

—Bueno, muchacho; las vacaciones han llegado.

Ahora poco trabajar y mucho divertirse, que bien lo mereces.

Por algo se lo diría padre Ludovico; sí, seguramente había trabajado mucho. Y el niño seguro de ello, pidió á padre Ludovico un tarro de pintura blanca y unos pinceles.

—¿Qué vas á hacer?

—Pintar la *Gaviota* para que el sol no la dañe.

Y la *Gaviota* amaneció un día en traje nuevo, toda blanca, con una cinta dorada que rodeaba el casco á una cuarta de la borda. El tío Jorge que entendía la cuestión, pintó también en letras doradas el nombre de la embarcación hacia proa en los dos costados.

Se pulió el mástil, se cepillaron los asientos y el fondo, y se hizo una vela nueva.

Era digno de verse todo aquello.

Los muchachos de Cruz Chica miraban con envidia la gallarda embarcación: odiaban al negrillo y le cobraban cara su suerte, no admitiéndole en sus juegos.

¡Bah! ¡qué le importaba á Alegre no tener camaradas entre la turbamulta de pillastres que rompían calzones en la playa! Le bastaba para ser feliz la amistad de la *Gaviota* y de Tell.

Porque Tell, el mismo Tell de antes, era siempre de la partida.

También el perro se ganaba su pan, teniéndoselas tiesas á los demás perros de la vecindad y divirtiendo á sus amos con sus juegos y sus pruebas los domingos y los días de fiesta, cuando después de misa se reunía toda Cruz Chica en el pretil de la iglesia del pueblo cercano.

A él también lo odiaban los canes del barrio porque era juicioso y tenía más suerte que ellos, ¿pero eso qué le importaba?

Una noche cenaban en la casita del padre Ludovico, cuando entró Jorge y descerrajó entre truenos y relámpagos y trombas la gran noticia.

—¿A que no la sabéis?, preguntó, al pedir las albricias, ¡tromba!, cuando yo digo que vivís en la luna!..

—Bueno, bueno, pero ¿qué hay?

—Que mañana llegan los de Alvarado.

—¿Sí? ¿Después de tanto tiempo que no veranean aquí?

—Pues llegan, y á pasar todo el verano.

—¿Y qué buen viento los trae?

—Dicen que vienen por la chica, por Margarita; los médicos han dicho que le convendrían los baños de mar y un verano largo, y ya se se sabe, para baños de mar no hay como Cruz Chica ¡tromba!

La noticia era cierta.

Al día siguiente, al rayar las diez, despertó los ecos la sirena del *Relámpago,* el yate que conducía á la familia de Alvarado y que entraba orgullosamente al puerto, yendo á atracar en el fondeadero del *chalet.*

Alegre, atraído por el hermoso vaporcito, dándole vueltas alrededor en su bote, devoraba los detalles de su casco, de su toldilla, de su chimenea; habría dado un ojo por ver con el otro su interior. Veinte veces en aquel día visitó el fondeadero del *chalet.*

Pero cuando á la mañana siguiente llegó á él por la vigésimaprimera, encontróse con que el pájaro había volado.

A lo lejos, mar adentro, divisábase la columna de humo de su chimenea. El Sr. Alvarado, dejando instaladas á su esposa y á su hija en el *chalet,* regresaba á Buenos Aires.

Alegre miró un momento la blanca silueta del *Relámpago* que se esfumaba en el mar, y murmuró por consolarse:

—¡Bah! No vale lo que mi *Gaviota,* con todos sus lujos; y sobre todo, esta es mía.

Y besó la borda de la linda embarcación, que por un momento había tenido celos del *Relámpago.*

XVII

MÁS CELOS DE LA «GAVIOTA»

¿Tendría diez años? Sí, no representaba más, ¡qué linda era! Alegre había soñado más de una vez con los ángeles, pero los ángeles de sus sueños no podían compararse á ella.

Rubia como una mañana de sol en primavera, de ojos azules, no como el cielo, no, sino como las campanillas de los suspiros, graciosa como una mariposa, era tan linda y delicada como las flores del aire, que en la estación brindaban su cáliz al beso de las auras.

Desde donde estaba, oculto por una cortina de sauces llorones, en la opuesta orilla, la veía jugar con un barquito sujeto por un hilo.

Alegre la miraba embobado, sin fijarse apenas en la señora que sentada en una silla de tijeras sobre el muelle del *Relámpago* paseaba sus aburridas miradas por el paisaje, sin que la lujosa frondosidad del parque, ni la tranquila sublimidad del mar, ni la gloriosa alegría de aquella mañana de estío, lograse borrar de su semblante una pincelada de tedio.

Alegre miraba sólo á la niña. Cuando la vió por primera vez, no le pareció ni linda siquiera, era demasiado delicada; pero siguió mirándola y su carita de muñeca le interesó; después le fascinó y acabó por emborracharse en su visión.

Echaba cálculos sobre sus años, cuando su operación aritmética fué interrumpida por un grito.

El hilo que sujetaba el barquito se había roto y la correntada se llevaba el juguete.

—¡Se me va, se me va!, gritaba la niña, viéndolo huir.

—¿No te le dije?, respondió la señora sin volver apenas la cabeza.

—¡Se me va!, repetía la chiquilla llorando casi; me lo lleva el agua, mamá, me lo lleva el agua.

—La culpa es tuya, replicó tranquilamente la mamá.

Alegre miraba el drama. El barquito no perdía tiempo, y huía rápido, como si al cortar el hilo hubiera roto una cadena de esclavitud. Iba ya lejos, río abajo, y el viento era contrario; la *Gaviota* tardaría mucho en maniobrar para acercarse; quizás cuando llegara, el juguete se habría perdido entre los juncos y las espadañas que bordeaban el río.

No había más remedio. Alegre se quitó la blusa y se soltó al agua. Nadó con fuerza, ayudado por la corriente, acercándose al prófugo barquichuelo. Llegó á tiempo de salvarlo. Volvió á la orilla, y glorioso como un general triunfante, corrió á entregar el trofeo á su dueña, que aplaudía entusiasmada.

La señora, que apenas había advertido la maniobra, no mostró gran regocijo al ver en salvo el barquichuelo; pero deseosa de mostrarse agradecida, abrió una carterita, sacó una moneda de níquel y se la ofreció al muchacho.

Alegre sintió que la sangre le quemaba el rostro, sacudió la cabeza y cerró los ojos. Siempre que se avergonzaba Alegre cerraba los ojos.

Los niños son á veces más sensatos que los grandes.

La chiquilla comprendió por qué el negrillo cerraba los ojos.

—¡Oh, no, mamá!, exclamó; ¡eso no!

Y dirigiéndose al muchacho díjole:

—Gracias, muchas gracias; sin ti, el barquito se habría hundido, ¿no es verdad?

Tell había seguido á su amo y allí estaba.

—¿No muerde?, preguntó la niña, atreviéndose á acariciar con su manita fina y blanca la sedosa cabeza del Terranova.

Alegre no respondió, por pensar que en ese momento con gusto se hubiera transformado en Tell.

La señora llamó á la niña, le dijeron adiós y se fueron; y él tuvo que echarse de nuevo al río para alcanzar su *Gaviota,* oculta entre los sauces de la opuesta banda.

Aquella era la señora de Alvarado, mujer orgullosa y fría; y aquel ángel de diez primaveras era su única hija. El aire viciado de la ciudad había empalidecido las rosas de sus mejillas, y los médicos habían recomendado el aire puro de las playas y los baños de mar.

Sólo por eso la señora de Alvarado había hecho el sacrificio de abandonar el gran mundo y retirarse al campo. Habría podido elegir otro paraje menos solitario, pero era aquel el preferido por su esposo.

Veinticuatro horas hacía que había llegado y empezaba á sentir ya las nostalgias de la gran ciudad.

Habituada al vertiginoso movimiento y al bullicio incesante de la capital, se atediaba en Cruz Chica; no comprendía el valor de esas horas apacibles que corren llenas de dulces encantos, como en primavera corren los ríos cubiertos de hojas y flores.

En balde Alegre pasó esa tarde una y otra vez por frente al *chalet;* no vió ni á la señora ni á la niña.

Sentía una curiosidad, un deseo de ver, que le arañaba el corazón. En cuanto se apartaba del fondeadero del *chalet,* estaba ya impaciente por volver.

A la mañana siguiente, despertóse aún antes de lo acostumbrado, como solía hacerlo cuando un proyecto bullía en su cabeza. Se había despertado con una ilusión, era algo indefinible, que por de pronto lo hizo vestirse á toda prisa, tomar la leche caliente soplando y resoplando y volar al muelle para embarcarse en la *Gaviota.*

Cuando pasó frente al *chalet,* sus avizoras miradas nada descubrieron, y sintió algo como una decepción. ¿Qué era lo que ansiaba ver? A punto fijo no sabía decirlo.

No anduvo mucho río arriba; le entraron deseos de volver y volvió, y cuando llegó al muelle de Cruz Chica, de nuevo remontó la corriente. No estaba contento.

Pero como á las diez de la mañana, al acercarse por la centésima vez al fondeadero del *Relámpago,* apretóse el corazón para contener sus insolentes latidos.

¡La había visto á través de los árboles del parque! Allí estaba, en la orilla, jugando con el barquito, la niña rubia de ojos azules.

Hizo fuerza en los remos, no para acercarse, sino para huir, y pasó como un relámpago frente á ella. Atrevióse á mirarla un instante, que le pareció un siglo, y que, á pesar de ello, hubiera por su gusto durado eternamente.

Ella lo había conocido.

—¡Adiós, adiós!, le gritó con su vocecita de cristal sonoro.

El la saludó, quitándose la boina, y huyó...

Remaba con furia, como si lo persiguieran. Remontaba la corriente como una flecha. Sentía que la niña estaba allí; lo adivinaba sin verla; hubiera querido mirarla, pero no se atrevía á volver la cabeza.

Cuando volvió, triste y pesaroso de haber huído, *ella* no estaba allí. ¡Qué lástima! Si hubiese vuelto antes la habría visto de nuevo, y ella le hubiera dicho *adiós* con aquella voz dulce que hacía vibrar las fibras de su alma, como las cuerdas de una guitarra.

Después, en los días posteriores, la vió muchas veces, casi siempre sola.

Se hicieron amigos.

La niña le decía adiós y él saludaba con la boina.

Una mañana se estrechó su amistad.

Al pasar Alegre, ¡qué casualidad!, se rompió el hilo que sujetaba el barquito con que jugaba la chiquilla.

—¡Se me va, se me va!, gritó, no llorando, sino riendo.

El negrillo no tuvo tiempo de avergonzarse como solía, maniobró rápidamente y pudo aprisionar el juguete que navegaba gallardemente, panza arriba, y se lo entregó á su preciosa dueña, que se reía á carcajadas.

—¡Gracias, muchas gracias! Ya van dos veces que se me escapa; si tú no hubieras estado aquí, ya se habría perdido en el mar, quién sabe dónde. ¿No es verdad que es lindo mi barquito? Pero es mejor el tujo, dijo señalando la *Gaviota;* ¿pero es tuyo de veras?

Alegre oía esa charla graciosa sin entender sus palabras; era una música, una marcha triunfal más linda que todas las marchas triunfales del *signor* Bertoni, que lo envolvía en sus ondas, aturdiéndolo.

Tell no era tan lírico. De un salto se acercó á la niña, y meneando la cola, fué mansamente á refregar la cabeza en su manita.

—¡Ah, bribón!, exclamó ella acariciándolo. ¿Te gustan los bizcochos?

Sí, le gustaban. Tell se tragó media docena que la chica había llevado en una canastita para merendar. Ella se los daba pedacito por pedacito, con todo cumplido, y el muy goloso se los engullía irrespetuosamente de un bocado.

Cuando se concluyó el último, comenzaron de nuevo sus fiestas y sus cariños; quería nada menos que acariciar con su húmedo hocico la carita de la niña.

—¡Qué lindo perro!, decía ella, defendiéndose. ¿Cómo se llama?

—Tell, respondió Alegre, mirándolo con envidia.

—¡Tell, Tell!, exclamó la chiquilla.

Y Tell dió un salto más grande que los otros, y logró tocar con su lengua rosada y tibia una de sus manos, que ella ponía delante del rostro para defenderlo. ¡Ay! ¡Entonces sí que valía la pena de convertirse en Tell!

La chica había quedado silenciosa; Tell avergonzado; y Alegre, ¡pobre Alegre!..

—Y tú, ¿cómo te llamas?, preguntó ella, posando sus miradas dulces como un caramelo en el negrillo.

¡Su nombre! Siempre se lo habían de pedir. ¿Acaso tenía él un nombre? Gracioso, era el de un payaso; Alegre, un renombre cariñoso del tío Delfín; pero eso no era nombre; nadie en el mundo se llamaba Alegre.

Vaciló un instante; por fin se decidió por él.

—Alegre, respondió, bajando los ojos. No podía sostener las miradas magnetizadoras de aquella muñeca de diez años.

—¿Alegre? ¿Sabes que es lindo tu nombre?

—¡Ah!

El negrillo sintió un golpe de loca alegría; ¿le parecía lindo? entonces nunca llevaría otro.

Una criada llamó desde el parque á la niña.

—Adiós, Alegre, dijo ella en voz baja.

—Adiós, murmuró él quitándose la boina.

La chiquilla se perdió entre la arboleda, y el mu-

chacho, desatracando el bote, se dejó llevar por la corriente.

Se había levantado el telón en el escenario de su vida; iba á comenzar á vivir.

Sentía que su ser se trocaba; algo aleteaba en su pecho con las primeras palpitaciones de la vida. ¿Qué era? No sabía, pero era algo muy dulce.

El paisaje tantas veces visto, era nuevo para él. La luz era más pura, la brisa era más fresca y perfumada, el canto de los pájaros más armonioso, las mariposas y los insectos, las flores de los campos, el bosque, las nubes del cielo, el cielo mismo azul como los ojos de la niña, y el mar, el inmenso mar brillante como un cristal azogado, tenían un aspecto glorioso; de seguro había andado por allí la mano de un pintor, refrescando colores y acentuando matices.

Pero Alegre cerraba los ojos al paisaje y ensordecía sus oídos para no escuchar la música de la creación. Quería ver de nuevo en su recuerdo la mirada de aquellos ojos fascinadores; quería oir esa charla musical que había escuchado como en sueño: «¿Alegre? ¿Sabes que es lindo tu nombre?» No, hasta entonces no lo había sabido, pero lo sabría en adelante.

—Y ella, ¿cómo se llamará?, preguntóse él.

¡Qué tonto! ¿Cómo no lo averiguó? Su nombre sería lindo, más lindo que Alegre; se llamaría..., ¿cómo se llamaría? Si á él lo hubieran dicho que le pusiera un nombre, como el tío Delfín le puso á él, la habría llamado Golondrina; no, golondrina, no; las golondrinas son demasiado locuelas, ella era más dulce; tenía que ser el nombre de una flor que se le pareciera en lo delicada... ¡Flor del aire! Ese era su nombre, estaba seguro, hubiera apostado cualquier cosa.

Y habría perdido, porque la chiquilla no se llamaba ni Flor del aire ni Golondrina.

Su nombre era más feo, quizás, pero era el suyo verdadero.

Había llegado al muelle, amarró la *Gaviota* distraidamente y saltó á tierra.

Y su pobre *Gaviota* se quedó esperando la caricia que acostumbraba hacerle. Esperó que como siempre el grumete acariciaría sus bandas finas y lustrosas, y tendería sobre ella una lona para defender su pulido casco de las injurias del polvo y del sol.

Pero nada hizo el negrillo.

Si la *Gaviota* hubiera podido llorar, habría llorado de dolor y de celos.

XVIII

LOS CELOS DE ALEGRE

Se durmió pensando en *ella*. En sueños la vió, y cuando la luz del naciente día inundó la alcoba, Alegre se despertó pensando en *ella*.

Se vistió con su mejor traje, con el que sólo se ponía cuando repicaban fuerte, y escurrióse, temeroso de que le regañara madre Marta si llegaba á verlo.

Pero ella lo vió sin que él la viera.

—¿A dónde irá tan *paquete* el muchacho?, díjose la buena mujer.

Alegre iba al fondeadero. Saltó en su barquilla y empuñó los remos.

El corazón le hacía ¡toc! ¡toc! Había visto entre la arboleda una dulce visión.

Era su amiguita.

—¡Alegre, buenos días!, gritó al verlo.

Llevaba un traje azul, tan azul como sus ojos, y un sombrerito de paja arqueado para abajo y sujeto por una cinta que ceñía su rosada barbilla.

—Alegre, buenos días ¡mira si he madrugado hoy! nunca había visto salir el sol y hoy lo ví; ¡qué grande era! parecía de fuego; tú lo habrás visto así muchas veces, ¿verdad? Mamá duerme todavía y miss Fulton, la inglesa, me ha dado permiso para que cace mariposas en el parque hasta que haga calor.

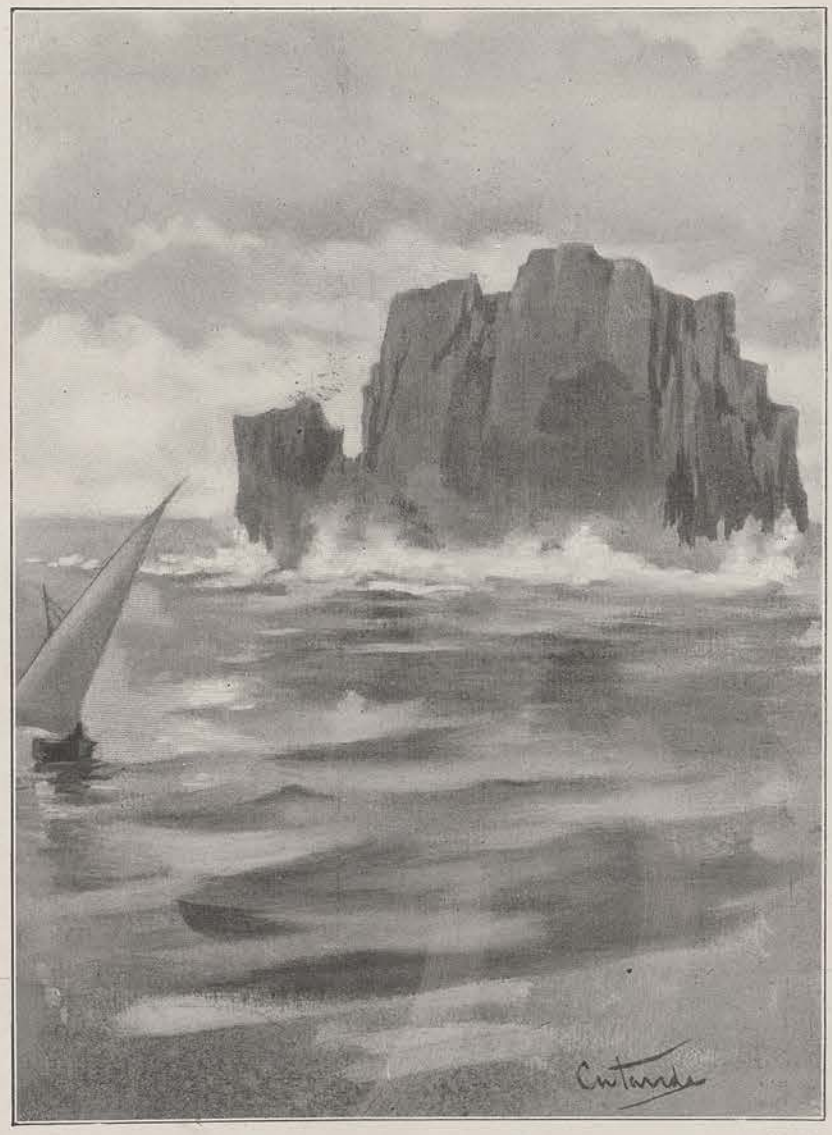
—¿Si?, tartamudeó el negrillo por decir algo.

—Sí, hay muchas, pero me fastidian, no me gustan ya; yo quisiera, digo, me gustaría más otra cosa; dime, Alegre, si te lo pido ¿lo harás?

Y la niña sonreía, mostrando una fila de dientecillos como un collar de perlas engastadas en coral.

—¿Lo harás, Alegre, si te lo pido?, repetía, clavando sus ojos en los del muchacho para espiar su respuesta.

¡Dios de Dios! *Ella* le pedía una cosa, *ella* le preguntaba si lo haría, temblando de que él se negase, *ella* que con solo una mirada, podía... ¡Santo Dios, cuántas cosas podía ella con las luces de aquellos pedazos de cielo!



Tendió la vela y sentado en el timón se dejó llevar por la brisa

—¿Lo harás?, repetía la chiquilla.

—¡Oh, sí!

—Sea lo que fuera.

—¡Cualquier cosa!

La niña se echó á reir.

—¡Lo dices en un tono! Dime Alegre, ¿si te pidiera que fueras á nado hasta el Peñón de las gaviotas, serías capaz?

—No sé, no sé si llegaría, pero...

—¿Te echarías? Mentira, eso lo dices porque sabes que no te lo pediré.

—¿Y qué cosa era?

—Bueno; ¿sabes lo que es? que me lleves en bote, ¿quieres, Alegre?

¡Que si quería! Aquella chiquilla no maliciaba entonces lo que valía un ¿quieres, Alegre? de su boquita bermeja.

—¡Ya lo creo!, exclamó el muchacho loco de gusto, acá está el bote, suba.

—¡Cómo! ¿me tratas de usted?

Alegre se quedó confuso.

—No seas así; yo desde el primer día te hablé de tú, haz lo mismo que yo.

El pequeño capitán había arrimado su barco; la niña iba á saltar, pero los niños proponen y las ayas disponen.

Miss Fulton, el aya de la chiquilla, la llamaba en ese momento y en inglés, para mayor tormento.

—¡Dios mío!, exclamó la niña azorada, me llaman, Alegre; ¡si me pillan! véte, que no te vean, y corriendo se perdió tras de los árboles.

Alegre sintió un acceso de rabia.

Aquella inglesa, aquella *miss* le arrebataba unos instantes que ni en sueños hubiera tenido con qué pagar. No conocía al aya, pero en aquel momento la odió con toda su alma, ¡no haberle dado la peste bubónica de chiquita!

Escondido en los sauzales de la otra orilla, se cansó de esperar. Su amiguita no volvía.

—A la tarde, se dijo, y regresó al fondeadero de Cruz Chica.

Y á la tarde volvió. Ella lo esperaba; estaba triste.

—Alegre, le dijo, ¡qué lástima! No voy á poder andar en tu bote; esta tarde llegarán visitas; van á estar varios días y mamá no me dejará venir. Pero no importa; otra vez, Alegre, ¿no es cierto?

La chiquilla no miraba al niño; volvía los ojos hacia otro lado y él aprovechaba aquellos instantes para devorar con los suyos aquel rostro encantador.

—Y ahora me voy; me he escapado para avisarte y si tardo vendrán á buscarme. Adiós, hasta después.

Cerca ya del mediodía, los ecos de Cruz Chica devolvieron las señales que el *Relámpago* hacía con su silbato.

A bordo venían las visitas: una señora, una joven y un muchacho de la edad de Alegre.

Al verlo el negrillo, sintió una impresión penosa. Aquel chico de su edad, tan bien vestido, que miraba con desdén á los muchachos de la playa y que á él lo había mirado con insolente curiosidad, le producía un escozor en el alma. De buena gana hubiera sido su amigo, hubiera jugado con él, le hubiera prestado la *Gaviota* para que no fuera al *chalet*, á casa de su amiguita, porque lo era ya. ¿No le había dicho «háblame de tú, haz lo mismo que yo?» Tenía miedo de que le arrebataran la amistad de la chiquilla rubia, de ojos azules.

Cuando el *Relámpago* atracó en el muelle del *chalet* pudo verla el negrillo.

Toda la tarde se la pasó en tierra, lo que nunca había hecho; él, tan dulce de costumbre, estaba gruñón sin estar triste. Aquella noche durmió como un lirón sin soñar en nadie; tanto mejor, los sueños no son más que neblinas que se disipan con el primer rayo de sol. Pero se levantó disgustado.

El día era hermoso. El mar estaba tranquilo, á pesar de que soplaba una brisilla regular.

Alegre pidió permiso á padre Ludovico para ir hasta el Peñón de las gaviotas. Una semana, más tal vez, hacía que no visitaba su isla de Robinsón.

—¡Hum!, contestó el marino, la mar no duerme, está despierta, pero no le hace, no se desperezará hoy por hoy; anda, chico, pero mucho cuidado, y antes del mediodía estás de vuelta; esta brisilla no amainará; tiene ganas de saltar al Sur.

Sería juicioso, no pasaría de las doce; pero quería distraerse; estaba aburrido.

Tendió la vela y sentado en el timón se dejó llevar por la brisa.

Las humanas amarguras, el agrio del limón que duerme en el fondo de nuestra alma y se revuelve con las contrariedades, es sombra, frente á la amargura del mar, ante el limo acre que dormita en su fondo y en la borrasca enturbia su superficie.

Alegre sintió que su disgusto se dulcificaba en presencia del mar ¡qué diablos! ¡aquél sí que era amargo de veras!

Y el negrillo acariciaba con cariño y con respeto las olitas que hacían ¡clap, clap! al castigar las maderas de la movediza *Gaviota*.

¡Qué manso estaba el mar aquel día, á pesar de que hervían sus hondas agitadas por la brisa! Alegre sonrió al contemplarlo; habíasele ocurrido una cosa: aquel mar se parecía á su alma, turbulenta en la superficie, tranquila en el fondo.

Alegre no era psicólogo, pero con diez años más lo hubiera sido; le gustaba contemplar su bodega, como hubiera dicho el tío Delfín, analizar sus sentimientos, adivinar los secretos de su corazón.

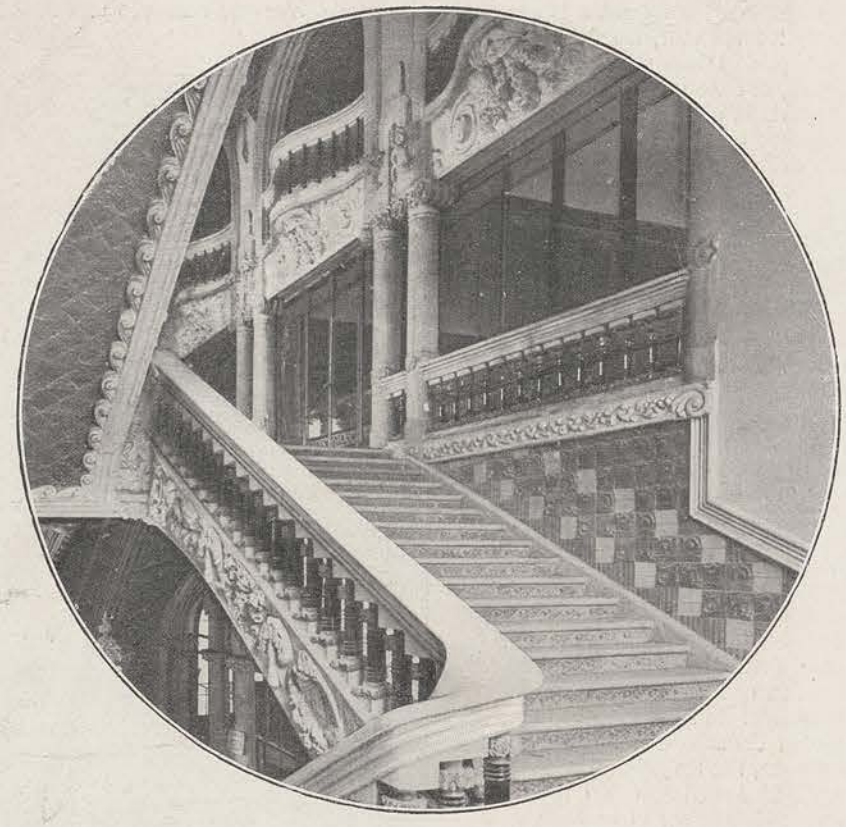
Por primera vez en su vida había sentido la sensación de algo más profundo que las simpatías que hasta entonces lo habían llenado.

(Se continuará

BARCELONA.—LA NUEVA CASA DEL «ORFEÓ CATALA.»

La fachada

Los que han seguido paso á paso la existencia de esta institución benemérita; los que la han visto siempre avanzando triunfante por el camino que al crearse se trazara; los que han podido admirar en todas ocasiones el entusiasmo fervoroso con que ha perseguido sus elevados ideales, la fe, la perseverancia con que ha sabido vencer todas las dificultades que en los primeros tiempos se oponían á su desarrollo, no han de sorprenderse de que al fin haya recibido el premio de tantas



La escalera

virtudes, de tantas energías, de tantos sacrificios con la satisfacción de poder albergarse en casa propia, mejor dicho en suntuoso palacio, que bien merece este nombre el hermoso edificio levantado por el solo esfuerzo del *Orfeó Catalá*, y cuya inauguración solemne efectuóse el domingo, día 10 de los corrientes.

El edificio no está terminado aún, pero lo que de él hay permite formarse cabal idea de su grandiosidad, de su magnificencia y sobre todo del arte exquisito que en él ha presidido. El emi-

Vista del palco escénico tomada desde la platea

Vista de la sala tomada desde el palco escénico

nente arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, que ha concebido el proyecto y dirigido su ejecución, ha justificado una vez más la fama que tantas otras obras importantísimas le han conquistado, y en esta ocasión, por decirlo así se ha excedido á sí mismo: el palacio del *Orfeó Catalá* es indudablemente una de las más hermosas creaciones del genial artista.

No disponemos de espacio suficiente para una descripción minuciosa, pues hemos preferido dejar el mayor posible á la información gráfica; diremos sólo que el vestíbulo, con sus paredes de mayólicas de suaves tonos y las escalinatas con su artística baranda esculpida de mármol y cristales y sus candelabros, son verdaderamente grandiosos, ricos y elegantes. La sala de fiestas es de una magnificencia superior á todo encomio; bella en sus proporciones y perfectamente distribuida, ofrece un aspecto espléndido. En ella hállanse admirablemente combinados todos los elementos decorativos: las pintadas vidrieras que substituyen á los muros laterales; las esbeltas columnas cubiertas de mosaico; la claraboya de cristales de colores; las mayólicas que forman artísticos dibujos; los elegantes aparatos de iluminación que semejan grandes coronas; el que podríamos llamar palco escénico con su magnífico órgano y sus primorosas esculturas, constituyen un conjunto de riqueza y de gusto incomparables. En la sala toda respírase un ambiente de alegría, de placidez y de confort. Y por encima de estas cualidades sobresalen las condiciones acústicas del local que son realmente excepcionales, según pudo comprobarse el día de la inauguración.

La ceremonia inaugural fué solemne. El Emmo. Sr. Cardenal Casañas bendijo el salón y terminado el acto religioso, el presidente del Orfeó D. Joaquín Cabot leyó un hermosísimo discurso haciendo una suscinta historia de la institución, desde sus humildes comienzos hasta aquel momento en que veía realizado su ideal, y demostrando como la obra del *Orfeó* había triunfado porque era obra de amor y fraternidad y porque, fijos siempre los ojos sólo en la obra artística, había hecho sentir á todos, lo mismo á los poderosos que á los desvalidos, así al público de las grandes urbes como al de las más modestas aldeas, las sencillas melodías de nuestros cantos populares y las sublimes composiciones de los más excelsos maestros.

A continuación, el Sr. Pujol dió lectura de un sentidísimo discurso del maestro director del *Orfeó* D. Luis Millet, que fué un himno lleno de poesía á nuestra música, una salutación de gratitud á cuantos habían contribuído á la obra del orfeón y un recuerdo á los que, arrebatados por la muerte, no podían asistir en cuerpo, aunque allí estaban en espíritu, á la fiesta que se celebraba.

Acabó el acto con un concierto, en el que el célebre organista maestro Daniel ejecutó admirablemente en el órgano una bellísima pieza suya y otra de Gigout, y el orfeón cantó con su tradicional maestría composiciones de Clavé, Nicolau, Haendel y Millet, que le valieron delirantes ovaciones.

No terminaremos esta ligera información sin enviar nuestra felicitación más calurosa y más sincera á cuantos han llevado á feliz cima la obra admirable del *Orfeó Catalá*, pero de un modo muy especial á su presidente Sr. Cabot, que animado por su entusiasmo de patriota y de artista, ha luchado como un héroe para allegar recursos y vencer obstáculos, y al genial maestro Millet, alma de la institución, á la cual ha consagrado la mejor parte de su vida y á cuyo exclusivo servicio ha puesto todo su corazón ardiente y toda su inteligencia preclara. A ellos, á su labor desinteresada y constante, á sus sacrificios y esfuerzos jamás escaseados, debe Barcelona el hermoso templo del arte recientemente inaugurado por el *Orfeó Catalá*, una de las instituciones que más honran, no sólo á Cataluña, sino á España entera. – M.

(Fotografías de A. Merletti.)

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Casa Consistorial — Calle del Arsenal — Puerta del Arsenal en donde se refugió el coche regio

Lisboa.— Calle del Arsenal en donde se perpetró el doble regicidio, vista desde la plaza de la Casa Consistorial

El sitio en que se ven los dos tranvías es el que ocupaban los regicidas y desde el cual hicieron los primeros disparos. (De fotografía).

El grabado adjunto reproduce el sitio en que se perpetró el doble regicidio de Lisboa, del cual nos ocupamos en el último número. El coche regio, después de pasar por la plaza del Comercio, entró en la calle del Arsenal, sonando entonces los primeros disparos de los regicidas que, en el lugar en que se ven los dos tranvías, esperaban el paso de la comitiva para realizar sus abominables propósitos.

Pasados los primeros instantes de horrible consternación, los postillones del carruaje en que iban los reyes, lanzaron los caballos al galope y entraron precipitadamente en el Arsenal, por la puerta que se ve á la derecha de nuestro grabado. El rey Carlos I había ya muerto y el príncipe Luis Felipe murió pocos momentos después.

En el Arsenal quedaron depositados de momento los cadáveres; á las siete de la tarde fueron trasladados al Palacio real de las Necesidades, en donde han permanecido hasta el día 8, en que se efectuaron los funerales.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** *no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón